



ALEXANDRA RISLEY

Victory

UNA NOVELA SOBRE
LA (DOBLE) MORAL VICTORIANA



Victory

Alexandra Risley



VESTALES

Índice

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Segunda parte

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Epílogo

*Para mi amado esposo, J. J.
Gracias por enseñarme que en el amor no hay temor.*

Primera parte

Capítulo 1

A los ojos de la sociedad británica, Lucious McLean, el barón de Lovelance, fue un auténtico ejemplo de hombre virtuoso. Sus inestimables contribuciones a la ciencia moderna, sus espléndidas obras hacia los más desafortunados y una conducta absolutamente intachable, mantenida por más de seis décadas, así lo demostraron.

Célebre desde sus primeros años como estudiante de ingeniería, física y matemática, el genio escocés había alcanzado la fama y el favor de la academia gracias a sus descubrimientos en el campo de la electrónica y la termodinámica, ciencias que constituían un enigma para la mayoría de los hombres, pero cuyos progresos los habían beneficiado exponencialmente en la construcción de barcos de propulsión a vapor y de trenes más rápidos, estables y eficientes. Sus innumerables publicaciones, repletas de eminentes teorías sobre el perfeccionamiento de los medios de transporte de grandes distancias y su asesoría a empresas del ramo, le merecerían más tarde una cuantiosa fortuna.

Quienes lo conocieron se referían a McLean como una verdadera lumbrera andante; un hombre bondadoso, ingenioso al extremo, piadoso y excéntrico, como todos los grandes hombres de la historia, pero, muy por encima de todo ello, justo. No pasó mucho tiempo antes de que

McLean fuera recibido por la mismísima reina Victoria y el príncipe Albert para compartir conocimientos y deleitarlos con un impagable genio que, según palabras de Su Majestad, había sido concedido por los ángeles. En gratificación por toda una vida de aportes inconmensurables a la ciencia, la reina lo honró con la baronía de Lovelance.

Como lo afirmasen algunos académicos que habían de conocer más fondo el alcance de sus contribuciones, McLean logró llevar la física a su forma moderna, impulsando con ello el ingreso de la humanidad a un prometedor porvenir, condicionando una época y dejando un claro sello de esperanza de cara a los tiempos venideros.

Por estas y muchas razones más, lord Lovelance alcanzaría un espacio privilegiado en las alturas. Muchas razones que nadie, además de Victory Brandon, llegaría a comprender jamás. Allí, frente a su monumento funerario en el gótico panteón familiar de los McLean, la muchacha de veinte años, totalmente ataviada de negro, contemplaba la inscripción de ese nombre con gesto solemne mientras las implacables gotas de lluvia tronaban sobre el paraguas.

Era un domingo de abril, el tercero después de la muerte del barón, víctima de una enfermedad que por años lo había mantenido alejado de la vida pública. Desde entonces, las coronas de flores no habían parado de llegar a Lovelance Manor, la residencia en las tierras altas de Escocia donde había pasado los últimos años de vida, y los diarios no dejaban de hablar del lamentable deceso de una de las mentes más brillantes del siglo.

Victory depositó los narcisos a un lado del ramo que Colin y Rebecca McLean habían dejado pocas horas antes. La joven estaba convencida de que aquel gesto no podía compensar ni en una milésima los años de abandono y desdén al que aquel par de horribles hijos habían sometido al

pobre Lovelance; solo esperaba que ya se hubieran marchado a Inglaterra para no tener que verlos de nuevo. De seguro, no les costaría demasiado retomar sus vidas en Londres después de cobrar su herencia; al fin y al cabo, era lo único que habían estado esperando por años.

Pero en cuanto a Victory, ¿qué haría ahora? ¿Cómo se suponía que sería su vida a partir de ese momento? Habría sido lógico prever que aquello sucedería de un momento a otro, pero la idea de verse abandonada de nuevo había hecho que apartara cualquier pensamiento de emancipación.

Desde los diecisiete años se había obligado a encajar en Lovelance Manor y en la nueva vida que le habían impuesto. No tardó demasiado en acostumbrarse a él, a su mundo de libros polvorientos y extraños artilugios. De hecho, y aunque al principio lo hubiera considerado improbable, en cierto modo, había aprendido a quererlo un poco. Y ahora que finalmente había sucedido –ahora que Lucious había muerto–, estaba dolida, aterrada y la pregunta sobre cómo afrontar la vida desde ese momento rondaba su cabeza como una mosca zumbadora.

Victory sostuvo con fuerza el mango del paraguas para contrarrestar el escozor de la incertidumbre. Se recogió la falda del vestido negro y dio media vuelta para regresar al carruaje, apostado al final de la exclusiva parcela del cementerio de Fort William. A aquella hora de la mañana, el camposanto rodeado por exuberantes colinas de un verde intenso estaba desierto, y un ligero manto de bruma plateada reinaba en el ambiente. La joven caminó el largo trecho mientras el velo de crepé negro que le llegaba a las rodillas ondeaba al viento como una bandera fúnebre. Junto al carruaje, Wilburg, el fiel cochero de los McLean, la esperaba con el habitual semblante serio, con el paraguas protegiéndole la cabeza de la intensa lluvia que los había sorprendido a mitad de camino. El hombre le abrió la

puerta del landó y le sostuvo la mano con presteza antes de ayudarla a subir. Al poco tiempo los caballos se pusieron en movimiento para devolverla a casa.

Más tarde, el carruaje se detuvo frente a Lovelance Manor, la magnífica residencia de piedra gris estilo Tudor. Victory se apeó del vehículo con la ayuda de Wilburg y un lacayo que le sostuvo el paraguas hasta que se introdujo finalmente en la mansión.

Una mujer de mirada fría la esperaba en el vestíbulo, donde podía respirarse el aroma dulzón de las coronas flores con sus notas de condolencias que no dejaban de llegar de parte de organismos oficiales, instituciones científicas y entes particulares de toda Gran Bretaña. El ama de llaves de los McLean, la señora Coyle, se llevó las manos a la espalda y estudió a Victory de pies a cabeza, como lo había hecho el día en que arribó por primera vez a la propiedad.

—Milady —la llamó, envolviendo aquella palabra en una nube de recelo que tampoco le resultaba novedosa—, los hijos del barón Lovelance la esperan en el estudio.

La joven frunció el ceño. Aunque no estaba esperando aquella visita —al menos no en ese momento—, asintió forzosamente y se encaminó al estudio, situado al final del elegante corredor de pisos de mármol. La hora más temida había llegado. Tomó una bocanada de aire mientras avanzaba por la galería; al llegar a la puerta, sostuvo el picaporte con la mano temblorosa. Unos murmullos provenientes del interior de la habitación se colaron hasta a sus oídos.

—No voy a perdonarte por esto —reñía una voz femenina—. ¡Sabes que lo que menos deseo ahora es verle la cara a esa mocosa petulante!

—Shh —siseó su acompañante—. Rebecca, por favor, ¿quieres que te escuche?

—¡Me da igual que me escuche! —insistió con amargura—. A fin de cuentas ella sabe lo que pienso sobre su personita. Claro, tú no tienes motivos para quejarte porque te has quedado con la mejor parte de todo, pero yo, hermano, soy prácticamente una indigente dado que nuestro querido padre ha decidido dejarle a esa zorrita inglesa la que iba a ser mi casa —masculló—. Esto es tan humillante. ¿Qué diablos le hizo al viejo, Colin? ¿Cómo consiguió envolverlo de esta manera? Mira este estudio, por el amor de Dios, ¿hay un solo rincón donde no haya un retrato de ella? ¡Qué obsceno culto a la personalidad!

Victory escuchó aquella riña con inquietud, pero se obligó a entrar. En ese instante, tomó aire y abrió la puerta del estudio. Los dos hijos del barón la abrumaron con sus miradas afiladas.

—Querida madrastra —la saludó Colin con aquel tono jovial e impertinente que desde hacía tiempo se había hecho habitual—, tan encantadora como siempre.

Era un hombre de treinta y pocos años, escaso pelo castaño, de una gran estatura pero no muy atractivo. Tenía una nariz torcida y elevada y unos ojos puntiagudos que parecían desvestir con el mismo esmero a ella y a todas las doncellas de la casa. El barón siempre se había quejado por su falta de carácter, por su afición desmedida por las mujeres, pero, más aún, por su intención de permanecer soltero a esa edad, con una completa desaprobación por el matrimonio.

Colin estaba de pie junto a la chimenea, con las manos metidas en los bolsillos en gesto despreocupado. Con los ojos entornados, Victory notó la banda de crepé negra que le rodeaba el brazo. Ni aquel símbolo de duelo conseguía suavizar el aspecto de buitre al acecho. Apartó la mirada de él y buscó a Rebecca McLean con los ojos.

Aquella mujer la había aterrado desde que la vio por primera vez. Aunque todavía era joven, poseía una belleza marchita que quizá fuera el resultado de tanta amargura fermentada; una amargura que cultivaba en perjuicio no solo de quienes consideraba sus enemigos —como lord Lovelance y la misma Victory—, sino también contra sus propios hijos y su pobre marido. Rebecca llevaba un vestido de crespón negro cerrado hasta el cuello y un único accesorio: un broche de nácar a la altura del corazón. La mujer, que lucía mucho más irritada que dolida por la reciente muerte de su padre, estaba sentada en el sillón de cuero donde Vic y Lucious solían sentarse a leer durante las tardes para aprovechar la luz natural que se colaba por los grandes ventanales del estudio. Mostraba una postura intransigente, con la espalda recta y los brazos cruzados a la altura del pecho mientras evaluaba a la viuda con un gesto de disgusto. Victory inspeccionó el borde de sus propias faldas y notó que tenían al menos ocho centímetros de lodo del cementerio.

—Discúlpenme —musitó—. Colin, Rebecca, les doy mi más sentido pésame. Esto que ha ocurrido ha sido verdaderamente devastador para todos. He visto sus flores en el panteón. Muchas gracias por la gentileza.

—¿Gentileza? —repitió la hija del barón con un resoplido de indignación, alzando la ceja hasta que pareció rozar la línea del nacimiento del cabello—. ¿Debemos recordarte que es nuestro padre quien se encuentra en esa tumba, Victory?

Vaya, después de todo lo reconocían, pensó la muchacha.

—No, claro que no —respondió con una sacudida de cabeza.

Colin carraspeó.

—Sentimos no haber venido al funeral o a la lectura del testamento, Vic —dijo con serenidad—. Me temo...

—Ya lo hemos hablado, Colin. —Rebecca se apresuró a callar a su hermano con rudeza—. La presencia del señor Tedcastle como nuestro apoderado era suficiente. No creo que le debamos explicaciones a ella.

—¿Cómo no? Si es nada menos que la viuda del viejo —le recordó.

Ella le lanzó una mirada de advertencia y luego volvió a Vic sin descruzar los brazos.

—Necesitamos tu firma en esos documentos —le soltó sin rodeos. Apuntó con el mentón unos papeles que reposaban sobre el enorme escritorio de nogal, donde hasta hacía un mes, y pese a una grave enfermedad, el difunto lord Lovelance trabajaba con esmero—. Espero que no te moleste hacernos el honor —le espetó con sarcasmo.

—¿Por qué no ha venido su abogado? —preguntó Victory, consciente de que los herederos del barón no estaban obligados a desempeñar aquellas funciones.

—¿Tanta irritación te causa vernos en esta casa, querida? —prosiguió Rebecca, azuzándola con aquel afilado tono de resentimiento. Parecía que estaba a punto de echársele encima con la intención de desgrearla. Aunque tal vez no le faltaran motivos para ello—. Por lo visto no te ha resultado difícil acostumbrarte a la idea de que ahora todo esto es tuyo. Pareciera que has estado esperando con ansias el día en que mi padre nos dejaría.

El rostro de la joven se ensombreció.

—No digas eso.

—Sí lo digo.

—Quisimos aprovechar nuestra visita a Fort William para atender personalmente los asuntos de la herencia —

explicó Colin con tranquilidad—. Después de todo teníamos que despedirnos de nuestro padre.

¿Tres semanas después de su muerte? ¡Qué considerados!, los riñó Vic en su interior.

—Bien —convino exasperada mientras se acercaba al escritorio—. Rebecca está en lo cierto. No me deben explicaciones. Firmaré.

La viuda revisó los papeles sin excesivo cuidado para no seguir provocando a su volátil hijastra. Eran solo formalidades relativas a las propiedades que pasarían a sus manos y de las que el abogado le había hablado con anterioridad.

—¿Se quedarán a pernoctar en Lovelance Manor? —preguntó con cautela mientras tomaba la pluma de acero de su esposo y comenzaba a estampar su firma en los espacios marcados con equis—. Podría avisarle a la señora Coyle que prepare sus habitaciones. Está lloviendo a cántaros.

—Descuida; no queremos incomodarte más —continuó escupiéndole Rebecca.

—Pero si yo no...

—No es necesario, Victory —insistió Colin sacudiendo la cabeza—. Estamos alojados en un hotel del pueblo. Regresaremos a Londres mañana temprano.

Eso era un alivio.

Después de poner la firma en los papeles, Vic miró a sus hijastros con marcada tensión. Habría dado cualquier cosa antes de someterse a semejante situación. Dios sabía que ella no había escogido nada de lo que había ocurrido. A decir verdad, nunca en la vida le habían dado la oportunidad de escoger nada, pero aquello era algo que debía hacer.